

los principados y potestades; que despreciándome, me van á hacer conocido de todos los pueblos; que rehusando el conocerme por su rey, van á jurarme príncipe del siglo futuro, Juez de todas las tribus, Señor de todas las cosas, y asegurarme todo poder en el cielo y en la tierra. ¡Padre santo! vos que habeis unido la gloria que me prometisteis á mis oprobios y á mis trabajos, perdonad á unos ciegos que sin saberlo sirven á la exaltacion de mi nombre y á la extension de mi reino: *Non enim sciunt quid faciunt*. No saben que el delito de mi muerte ha de llenar la medida de sus padres; que han de venir sobre ellos los dias en que se llamarán felices las que no han parido, en que Jerusalem será una espantosa soledad, en que será destruido su altar, abandonado su templo y reducido á tristes ruinas; sus ciudadanos andarán errantes y fugitivos, y vuestra herencia, manchada por ellos con la sangre inocente, será entregada á una maldicion eterna. ¡Padre justo! vos que preparais estos dias destinados á vuestra indignacion, contentaos con estas calamidades temporales con que los habeis de afligir; salvad las reliquias de Israel, perdonad á las ramas de una raíz santa, salvad á un pueblo á quien escogisteis, no perdais para siempre á mis hermanos segun la sangre, huesos de mis huesos y carne de mi carne; no saqueis vuestra salud de Judá, de donde ha salido la salud; perdonad á los hijos de los santos, y juntad por último algun dia las dispersiones de Israel; reunidlas en los últimos tiempos al tronco de que se han separado; volvedlos á traer al recinto de la verdadera Jerusalem; finalmente, no haya mas que un rebaño y un pastor, y haced que os ofrezcan con todas las naciones, no cabritos y toros, sino la verdadera renovacion y los signos místicos del gran sacrificio que hoy ofrezco á vuestra gloria. Cuarto testimonio que Jesucristo en la cruz

da á la verdad de su inocencia, rogando por sus enenigos.

Finalmente, da testimonio á la verdad de su imperio conquistando el mundo con la cruz. El mundo le habia disputado la realidad y el esplendor de su imperio, no le habia tratado como á rey sino por burla; todas las insignias de su reinado habian sido nuevos oprobios; el cetro una vil caña, la púrpura un vestido de ignominia, la corona una corona de dolor, y el trono un madero infame, lecho de sus oprobios y trabajos. Pero hoy estas vergonzosas señales de un reinado de tanto abatimiento son las insignias gloriosas de su poder y de su imperio; esa débil caña que le sirve de cetro ha de arruinar todos los altares profanos, abatir todos los ídolos, confundir todas las sectas, aniquilar todos los imperios, derribar los gigantes de la tierra y destruir toda la ciencia que se levanta contra la ciencia de Dios. Esa corona que le cubre de dolor y confusion ha de adornar las cabezas de los Césares con mas pompa que los mas soberbios laureles y diademas, y un rey del primer trono del mundo, de la mas augusta sangre del universo, irá á exponer su vida y libertad por llevar en triunfo á su patria sus preciosas reliquias, mas glorioso por haber enriquecido su reinado con este santo y precioso tesoro, que si hubiera conquistado un imperio; ese trono de ignominia en donde está clavado se mudará muy presto en trono de gloria, á cuyos piés vendrán los príncipes y soberanos á doblar sus soberbias cabezas; en trono de poder y de autoridad, desde el cual juzgará á todas las naciones de la tierra; en trono de gracia y de misericordia, á cuyos piés hallarán todos los pueblos la vida y la salud; en trono de ciencia y de doctrina, desde el cual instruirá hasta el fin á todos los hombres y les enseñará las verdades de la vida eterna; finalmente, en un trono de sabiduría y de consejo, desde el

que este nuevo Salomon gobernará todos los pueblos en justicia, en paz y en abundancia.

El poder y el reino de los reyes de la tierra se acaba con ellos; el reino de Jesucristo no empieza á resplandecer hasta despues de su muerte, y sus oprobios son el primer origen de sus grandezas y de su gloria. ¡Padre santo! con que aun vive vuestro hijo y verdadero José, á quien lloramos, y la malicia de sus hermanos que le entregaron, solo ha servido de hacer resplandecer mas su grandeza y su poder! Salió del fatal pozo en que le habia sepultado la envidia, y todos los pueblos de Egipto y del universo reconocen su dominio y su supremo poder. *Filius tuus vivit, et ipse dominatur in omni terra Egipti.*¹

Pero, católicos, hoy todo obedece á la soberanía de Jesucristo; su cruz triunfa del cielo y del infierno, de la ceguedad de los judíos, de la incredulidad de los gentiles, de la barbaridad de los verdugos y aun de la obstinacion de un pecador que agoniza; toda la naturaleza le confiesa, todas las criaturas le reconocen; ¿y solamente nosotros le hemos de cerrar nuestros corazones? ¿solamente nosotros nos hemos de obstinar en decir que no queremos que reine sobre nosotros? *Nolumus hunc regnare super nos.*² Los muertos oyen hoy su voz y salen de sus sepulcros; [¿y nosotros hemos de permanecer aún sepultados en el abismo de nuestras disoluciones, aunque su poderosa voz nos grita hoy en lo íntimo de nuestros corazones, desde lo alto de la cruz, y nos dice: ¡Oh vosotros los que dormís un sueño de muerte! levantaos; salid de lo profundo de vuestros delitos y de vuestras tinieblas, y este Jesus á quien veis crucifica-

¹ Gen. 45. v. 26.

² Luc. 19. v. 14.

do por vosotros, os volverá la vida y la luz que habeis perdido: *Surge qui dormis, et exurge a mortuis, et illuminabit te Christus?*¹ ¿Las peñas se abren y nuestros corazones, mas insensibles, no se han de poder ablandar? ¿el velo del templo se rasga y el velo impenetrable que cubre nuestra conciencia, habitacion de la iniquidad, que tanto tiempo ha nos impide el que manifestemos al confesor sus ocultas manchas, no puede rasgarse? ¿y aun tenemos ocultos en nuestro interior estos misterios de abominacion que de nuestro corazon hacen templo á los demonios, asilo á los espíritus inmundos y teatro terrible de remordimientos, de confusion y de espanto? ¿no saldremos por fin de este reino de tinieblas en que vivimos, para entrar en el reino de la luz? ¿no nos cansaremos ya de haber sido hasta ahora esclavos miserables de un mundo que no tiene derecho sobre nosotros, que no nos merece y que nada puede hacer por nosotros? ¿rehusaremos el reconocer á Jesucristo, que acaba de morir por nosotros, por nuestro Rey y nuestro verdadero Señor? ¡Oh Salvador mio! ¡qué arbitrios pueden quedar á vuestra infinita misericordia para con los pecadores, si cuanto hoy hicísteis por ellos no excita su amor, su compuncion y su agradecimiento, y si aun se obstinan en pecar, no obstante el camino que hoy abris con vuestra sangre para que lleguen á la vida eterna! Amen.

¹ Eph. 5. v. 14.

